

prestaron unos y otros á la enferma, se levantó y pudo entrar en la convalecencia.

Habló con Anton Perez, y convinieron en ponerse en camino para Sevilla.

Pero aun tuvieron que esperar algunos dias.

Catalina habia sufrido mucho, sufria, y sus penas impedian su pronto restablecimiento fisico.

---

## Capitulo VII.

---

Una indiscrecion y una intriga.

Catalina ocultaba á su protector la desesperacion que se habia apoderado de su alma, porque comprendia que le debia inmensa gratitud; pero no por eso, al verse tan abandonada de su esposo, de todo el mundo, dejaba de desear la muerte.

Anton Perez, que iba poco á poco desarrollando su plan, se esforzaba en hacer creer á Catalina que Hernan Cortés la adoraba con delirio; y que si se habia separado de ella, habia sido por no poder llevarla á la guerra; y que si habia arriesgado su vida en los combates, era por adquirir honra y provecho para hacer su felicidad.

Gracias á estas conversaciones, pudo comprender que Catalina amaba con toda su alma á su esposo, y

en las cartas que dirigia de tarde en tarde al arzobispo le referiria todos estos detalles.

Al fin llegaron á Sevilla, y se hospedaron en una hostería cerca del sitio en donde más tarde se levantó la famosa Torre del Oro.

A los dos dias de su llegada recibió Anton Perez una carta del arzobispo, en la que le daba instrucciones, porque habian ocurrido sucesos que le obligaban á tomar una resolucion desesperada.

Pánfilo de Narvaez habia regresado de Zempoala, y habia tenido una conferencia con el arzobispo de Búrgos.

Más tarde sabremos lo que hablaron.

Por de pronto baste saber á nuestros lectores que las personas interesadas por Diego de Velazquez comprendieron que era preciso á toda costa atacar á Hernan Cortés, no con la fuerza, sino con la astucia.

Para deshacerse de él tenia un medio poderoso.

Anton Perez se encargó de proporcionarle.

Habian llegado con Pánfilo de Narvaez algunos de los soldados que no habian querido quedar á las órdenes de Hernan Cortés, y como era natural, se presentaron á los que forman parte del consejo de Indias.

Como Anton Perez los conocia y los visitaba á menudo, tuvo ocasion de hallar á algunos de aquellos soldados, y les habló.

Despues de repartir entre ellos unas cuantas monedas, les encargó que fuesen á la hostería en donde estaba hospedada Catalina, y les indicó la conversa-

cion que deberian tener mientras apuraban los jarros de vino y los torreznos que él costearia.

Convenida la hora en que debian reunirse en el punto indicado, fué Anton Perez á visitar á Catalina.

—Por más que he hecho para traer noticias de vuestro esposo, sólo he podido averiguar que en una carabela que llegó anteayer á Cádiz han arribado algunos soldados de los que forman parte de sus filas; desde Cádiz se han trasladado á Sevilla; pero no he podido verlos.

Los buscaré, y me informaré de lo que pasa á vuestro esposo.

Con este motivo insistió de nuevo en asegurarla que Hernan Cortés sólo vivia para ella, despertando en su alma las más halagüeñas esperanzas.

Poco despues oyeron grandes voces en el piso bajo de la hostería.

Anton Perez, simulando gran inquietud, llamó al hostelero.

¿Quién anda abajo que arma tal estrépito?—le preguntó.

—Dispense su merced. Son unos soldados que han llegado ante ayer de las Indias, y han venido á pasar el rato; pero si estorban, aunque yo pierda, les diré que se marchen.

—Nada de eso,—dijo Anton Perez,  
Y volviéndose á Catalina:

—La casualidad nos vá á proporcionar quizás el medio de saber lo que deseamos.

Dirigiéndose al hostelero:

—Oid, maese hostelero; ¿teneis alguna habitacion próxima á la que ocupan esos soldados, en donde pueda esta señora oír lo que hablan?

—No sé si debo...

Anton Perez puso una moneda en manos del hostelero.

—Hay una habitacion contigua,—dijo este,—con una puerta disimulada.

Si la señora quiere, puede permanecer en ella mientras estén ahí los soldados.

—Sí, Catalina, id, que puede ser muy bien que hablen de sus campañas, que mencionen los actos heroicos de vuestro esposo, que alegre vuestro corazon, ridiculizando á Hernan Cortés por el mucho amor que os profesa.

Catalina cayó en el lazo.

—Yo os aguardo aquí,—dijo Anton Perez.

La jóven siguió al hostelero, y no tardó en oír la conversacion de los soldados.

Llegó en el momento más oportuno.

—Pues yo declaro,—decia uno,—que no hay nu hombre más valeroso en el mundo que Hernan Cortés.

—Su última proeza, vencernos con doscientos soldados cuando éramos más de ochocientos nosotros, es lo que nunca se ha visto.

—Si no hubiera caído herido nuestro capitan Pánfilo de Narvaez, no hubiéramos desmayado tan pronto.

—Desengañaos; el valor de Hernan Cortés no tiene igual.

—Pues yo no creo tanto en su valor como en su suerte.

—Mucho pudiera decirse sobre eso.

—Vamos á ver,—exclamó uno; ¿puede darse mayor fortuna que la de encontrar en los momentos en que empezaba á internarse en Méjico un auxiliar tan poderoso, tan eficaz, tan socorrido como esa india que le tiene barajados los sesos?

—A ella lo debe todo.

—Claro; no sólo le sirve de intérprete, sino que valiendose de su hermosura, fascina á sus mismos compatriotas y proporciona el triunfo á su amante.

—Asi es que Hernan Cortés la adora.

—La moza lo merece.

—¡Cuidado que no parece india!

—Que ojos tan negros y tan expresivos!

—No me extraña que se haya olvidado Hernan Cortés de su mujer.

—Y de todas las españolas seria yo capaz de olvidarme por una india como Marina.

—Si al fin y al cabo, como creen los indios de Zempoala, hacen emperador de Méjico á Hernan Cortés, se casará con ella, y ya no volverá á acordarse de su patria.

—Si nosotros nos hubiéramos quedado por allá, de seguro nos hubiera hecho condes ó duques.

Catalina no quiso oír más.

Antes de que le faltaran las fuerzas, abandonó la

estancia en donde estaba, subió precipitadamente las escaleras, llegó á la habitacion en donde la aguardaba Anton Perez, y dejándose caer sobre un taburete:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! —exclamó.—¡Qué desgraciada soy!

—¿Qué os pasa, Catalina?

—¿Por qué me habeis amparado, por qué no me habeis dejado morir al lado de mi hijo?

—Pero ¿que teneis? ¿Acaso esos hombres á quienes habeis oido han cometido alguna imprudencia, han hecho alguna revelacion dolorosa?

—Hernan Cortés es un infame.

—¿Qué decís?

—Digo que ya no hay en el mundo para mí más esperanza que la muerte.

Y cayó en un sitial, retorciéndose de desesperacion.

Anton Perez la auxilió, fingiendo que ignoraba lo que acababa de suceder.

---

## Capitulo VIII.

---

Juegos crueles.

Comprendió Anton Perez que habia llegado el momento de recoger el fruto de sus trabajos.

Despues de tranquilizar aparentemente á Catalina, cuando la vió caer en un profundo desaliento:

—¡Ah!—exclamó.—Si mi mision en el mundo no fuese practicar la caridad, si yo pudiera desprenderme por un momento de los altos deberes que tengo que cumplir, midiendo como mido la intensidad de vuestro dolor, en vez de ofreceros consuelos inútiles, os citaria á castigar al culpable.

—Eso, eso es lo que quiero,—exclamó Catalina.

—No puede perdonarse un crimen de esa naturaleza, y no hay duda de que debe ser cierto.

Cuando esos soldados. que ignoraban vuestra

presencia, han hablado de ese modo; cuando aseguran que una mujer os roba el cariño de vuestro esposo, debe ser positivo.

¡Ah! Catalina, debereis sufrir mucho.

—No podeis comprenderlo.

—Me parece que sí, y para que os convenzais. voy á revelaros á vos misma las ideas, los pensamientos que abrigais.

—Es imposible.

—No tanto como creéis. No, no he amado nunca; pero comprendo el amor.

Una mujer como vos ha consagrado toda su existencia á un hombre, una mujer que ha soñado la más dulce de las felicidades, al ver que se la arrebató una miserable aventurera, siente que se convierte en su pecho el amor que sentía en un odio profundo sin trégua, sin piedad.

Sí, Catalina; vos en este instante odiais á Hernan Cortés.

—Con toda mi alma.

—Y le odiais, porque sentís el aguijón de los celos en vuestro corazón.

—Celos no.

Anton Perez fijó una mirada profunda en Catalina.

—Haceis mal en negarlo, —dijo despues.

—¿Celos de un hombre indigno?

—¡Ah! ¿Por qué no? Por ventura el odio que tiene una mujer que ama al hombre objeto de su amor, ¿no es hijo de los celos?

Los celos avisan vuestra imaginacion; vuestra imaginacion traspasa el Océano, llega hasta esos países donde se haya vuestro esposo, y allí observa, espía, le vé olvidado de sus deberes, engreído con la gloria que alcanza, y arrojando sus laureles á los piés de una mujer indigna por todos conceptos de su aprecio.

Vuestra imaginacion ve todo esto.

Penetra hasta en el hogar de vuestro esposo, le sorprende á solas con su amante, contempla con ansiedad y dolor las caricias que le propaga, oye los juramentos que le hace; y en ese momento, cuando veis todo eso, cuando pensais que el padre de vuestro desgraciado hijo olvida todos sus deberes, sacrifica vuestro amor á una impura pasion, se arroja en los brazos de una mujer infame; ¡ah! Catalina, en ese momento deseais poder estar á su lado para clavar un puñal en su corazón. ¿He adivinado, ó no, lo que sentís?

—Sí, —exclamó Catalina; —todo eso que acabais de decir lo experimento.

No sé si son celos ú odio lo que siento.

Daria toda mi vida por poder llegar adonde está mi esposo, caer sobre él y hundir un puñal en su pecho.

Despues de esto, la muerte seria mi única esperanza, mi única dicha.

—No me extraña que penseis de esa manera, y yo os disculpo.

El dolor hace crueles á las almas más sensibles;

pero no debo aconsejaros que sigais ese camino.

Compadecead al culpable, que está ciego; perdonad á esa mujer que os roba el cariño de vuestro esposo.

—¿Jugais con mi dolor?—preguntó Catalina.

—¿Yo? ¡Dios me libre!

—Entonces; ¿por qué razon escudriñais los secretos de mi alma, porqué razon adivináis mis pesamientos, y en los momentos en que me embriaga la alegría de la venganza me recordais los deberes de la religion?

—Cumplo con mi deber, y nada más.

—Pues bien; seré impia; seré indigna de vuestro aprecio y del de las gentes; me odiará todo el mundo poco me importa: nada me queda ya más que la venganza.

—¿Qué pesais, Catalina!

—¿Por ventura una mujer que vive como yo, abandonada, en la miseria, sin amparo de ningun género, sabiendo su desdicha, puede permanecer tranquila y resignada?

No, á todo estoy dispuesta.

No habrá peligro que no arrostre, no habrá sacrificio que no acepte, por saborear el placer de la venganza.

¡Ah! ¡Por piedad! En vez de desanimarme, en vez de recordarme el deber de perdonar las injurias, alentadme, dadme algun medio, sugeridme alguna idea para que yo encuentre al ménos esta satisfaccion que anhelo con la sed del hidrópico.

—Medios hay,—dijo Anton Perez;—pero no seré yo quien os los sugiera.

—¿Por qué no.

—¿Quereis por ventura que yo sea vuestro cómplice?

—¡Estoy loca, apiadados de mí!

—¿Quién dice que esos soldados no exageran?

—¿Vais á evadiros?

—No; pido á la razon un rayo de luz para que veais claro.

¿Quien no os asegura que esa india, cuya belleza han ponderado los soldados de Hernan Cortés, no es pura y simplemente una amiga de vuestro esposo, una intérprete.

Los hombres son muy dados á la calumnia.

Casi seria bueno que fuérais vos misma á buscar á vuestro esposo, que os valiérais de algun medio para espiarle sin ser vista, para sorprenderle.

Entonces es posible que descubrierais la verdad, y si la descubriais, pusiérais en claro la calumnia; y entonces, en vez de satisfacer una venganza, cayérais en los brazos de vuestro esposo para llorar con él la muerte de vuestro hijo.

Anton Perez conocia el corazon humano, ó por lo ménos sabia jugar con sus sentimientos.

Es imposible mayor crueldad que la suya para con Catalina en aquella angustiosa situacion.

La jóven quedó reflexionando algunos instantes.

—Sí,—dijo hablándose á sí misma, despues de una

breve pausa.—Yo debería ir, espiarle, convencerme, vengarme si era cierta mi desdicha.

Pero ¿como? ¿Cómo una mujer realiza esta empresa?

—Una idea se me ocurre,—dijo Anton Perez.

—¡Hablad, hablad por Dios!

—El sufrimento os ha desfigurado algo.

Por otra parte, vos sois varonil.

¿Por qué no adoptais un disfraz?

La influencia que yo tengo con los que alistan tropas para las Indias, me podrá facilitar el medio de conseguir que os alisten como soldado; ireis á Santiago de Cuba, en donde no os reconocerán con el disfraz, y como parten de allí á cada momento embarcaciones con gente para auxiliar á Hernan Cortés, nada más fácil que realizar vuestro deseo.

—Sí,—dijo Catalina;—yo me siento con valor para ocultarlo todo, para ocultar bajo el traje de un simple soldado la desesperacion que devora mi alma.

—Pensadlo bien,—repuso Anton Perez.

—Ya lo he pensado.

Completad vuestra obra, cumplid esa promesa que me habeis hecho.

Haced que me alisten como un soldado cualquiera, como el último.

—Incurro en una gran responsabilidad.

—No la temais.

—¿Y si mañana os arrepentís?

—Nunca os echaré la culpa.

—Catalina, ved que ese paso es muy arriesgado.

—¿Os gozais en mi dolor?

—¿Por qué decís eso?

—Me abris camino, y lo cerrais enseguida.

—No quiero que me llameis cruel; realizaré vuestros designios.

Catalina recibió una cantidad de manos de Anton Perez, y se proporcionó con ella el traje para disfrazarse de soldado.

Al mismo tiempo compró un acerado puñal, que guardó en su pecho, recatándole de todo el mundo.

Algunos dias despues, con el nombre de Juan Torralva, salió de Cádiz en una carabela que conducia soldados á Santiago de Cuba.

Anton Perez regresó á Búrgos.

—Estan cumplidas vuestras órdenes,—dijo al arzobispo.

—Eres un buen muchacho y harás fortuna,—le contestó su eminencia.

No pudieron hablar más entonces, porque entró á ver al arzobispo Pánfilo de Narvaez.

Ya volveremos á encontrar á Catalina.

Las vicisitudes que sufrían merecen ser conocidas de nuestros lectores.

Hay seres que parecen predestinados al dolor.

Pero abandonando á la desgraciada esposa, veamos ahora lo que habia pasado al capitán vencido por Hernan Cortés.